

EL MAESTRO

-Otra vez llegas tarde. ¿Qué ha ocurrido? –preguntó mi madre.

-El maestro... -Vacilé-. Me... Bueno; me castigó.

Puso más atención en su mirada. Me alzó la barbilla.

-Has llorado. ¿Por qué?

-Es que... -Intenté vencer mi inseguridad-. También me pegó...

-¿Te pegó? –dijo, alterada.

-Sí...

-¿Qué te hizo?

-Bah. Algún capón –señaló mi padre-. No tiene mayor importancia.

-Dinos qué te hizo –insistió mi madre, dedicándole una mirada reprobatoria.

-Me... Bueno... Me dio con la regla en la mano... Y en la cabeza –dije, lleno de desánimo.

-Sobrevivirás –sentenció mi padre.

Mi madre me examinó la cabeza, palpando con el mismo ahínco que empleaba en buscar piojos y liendres. No encontró herida ni chichón. Luego me pidió que le enseñara la mano. La extendí, la palma hacia arriba.

-Todavía está colorada –afirmó ella, procurando encontrar evidencias más allá de la realidad.

-Venga, mujer. No dramáticas. Es su color normal –garantizó mi padre-. Lo que cuenta no tiene ninguna importancia.

-Sí que la tiene. Esa no es manera de enseñar.

-Así aprendimos todos.

-A mí nunca me pegó mi maestro.

-¿Qué maestro? En la Asturias de los pueblos no había escuelas.

-Don Marcelino. Iba tres días a la semana. Recorría todas las aldeas de la zona. Quienes nos pegaban eran los padres y los hermanos mayores. Él denostaba ese proceder y les abroncaba.

-No me digas que nunca se le escapó un soplamocos, con lo brutos que son por esos parajes.

-Nunca nos pegó. Era un hombre muy bueno. Le queríamos mucho y estábamos deseando que llegara. No es forma de educar con el palo. En el fondo los niños asumen ese trato como algo normal y se vuelven violentos en su comportamiento. Hay que erradicar esa costumbre.

-¿En qué mundo vives? Los críos se pegan entre ellos, muchas veces a pedradas. Los ves en las calles. Se crece en la violencia, nos guste o no. La vida es dura para todos, y más para los de nuestra clase. El chico tiene que aprender a andar por el mundo.

-Sí. Que sea un salvaje.

-No. Que sepa encajar los golpes. Con ñoñerías no se sale adelante.

-Ahí tienes a los hijos de la señora Juana. Ellos se crían sin amenazas ni azotes. Y bien educados que son.

-Es la excepción, no el mejor ejemplo. Seguro que nunca rompieron un plato. España necesita creatividad. Y eso es condición de los niños díscolos, no de los zonzos.

-Vamos a ver al director –dijo ella, resuelta-. Esto no puede quedar así. Puedo entender lo de la mano, pero no lo de la cabeza. Eso es una barbaridad. Pagamos para que les eduquen como es debido, no a base de golpes.

Me pareció una idea fuera de lógica porque el director era quien más lana repartía, en su caso a los que cursaban segunda enseñanza y cuyas clases se reservaba. Le veía en ocasiones mostrar rachas de iracundia. Daba fuertes

bofetadas y algunos chavales salían proyectados contra la pizarra. Eso no lo sabían mis padres y no tuve intención de decírselo. Pero entendí difícil que hombre semejante pudiera poner remedio a la queja.

El director se llamaba Julián y estaba en la cincuentena. Enfundaba su cuerpo complacido de buena alimentación en un traje con chaleco y sin brillos. Rechoncho, moreno, con bigote adoctrinado. Usaba modales untuosos, discrepantes de su mirada inquisitiva. Nos recibió en su despacho, donde Franco y José Antonio apabullaban desde las fotografías enmarcadas de la pared.

Mis padres eran personas sencillas en su vestir y comportamiento, pero con acusada personalidad, basada en los argumentos que les otorgó la naturaleza y la herencia de mejores tiempos. Él medía metro ochenta y cinco y manejaba un carácter abierto, propicio a las adhesiones. Durante la guerra fue comandante de la 70 Brigada del Ejército fiel al Gobierno legítimo. Siempre desarmaba a la gente cuando sonreía. Mi madre estaba por encima del metro setenta. En su día fue la mujer más bonita de Cangas del Narcea, según atestiguaban los amigos que con frecuencia se presentaban en casa para revivir glorias pasadas. En las fiestas de los pueblos, parece que siempre la nombraban Xana y todos los mozos le hacían ronda. Debía ser cierto porque desde que tuve uso de razón siempre vi a los hombres aturullarse ante su presencia. Eso ocurrió a la sazón con don Julián. Al presentarse, él se estiró para simular más espigado, resultando que el vientre se le proyectó hacia delante y presionó con fuerza la chaqueta. Pensé que el botón central, situado a la altura de mis ojos, podría salir disparado, como así ocurrió. Pero ya me había colocado discretamente lejos de su trayectoria y el proyectil fue a dar contra la pared ante la estupefacción de mis padres.

-Disculpen –dijo, no muy azorado, por lo que deduje que no era la primera vez que le ocurría tal fracaso. Se apresuró a recoger el botón, como si fuera una moneda de oro. Resopló con fuerza al agachar el comar, evidenciando que su cuerpo no estaba para esas pruebas atléticas. Se incorporó, el rostro congestionado, y ensayó una sonrisa más falsa que un billete de seis pesetas-. Siéntense ustedes, por favor, y cuéntenme.

Pareció muy sorprendido por el objeto de la visita. Mi padre entendió, como así nos dijo más tarde, que su extrañeza no fue por la denuncia en sí, sino porque unos padres lo hicieran cuando era sabido y aceptado que la enseñanza no podía ser completa sin la ración correspondiente de mamporros y moquetes.

-¿Quién es tu maestro? –me preguntó, con mirada de hielo y como si no lo supiera.

-El señor Hernández... Don Manuel...

-¡Ah!, don Manuel. Lleva poco con nosotros. Permítanme. Voy a buscarle.

En el ínterin, sentí la angustia de la irrealidad. No podía ser que estuviera ocurriendo algo tan lejano a mis deseos. Habría dado una de mis colecciones de tebeos por no estar allí.

Al rato, aparecieron. Don Manuel le sacaba la cabeza y estaba esquivado de carne. La chaqueta le colgaba por los hombros como si la hubiera comprado en el Rastro y el pantalón flotaba libremente alrededor de las canillas. Cabello denso, hebrado de plata. Sin bigote, las mejillas rasuradas. Llevaba gafas con montura negra, no muy abultadas de dioptrías, y zapatos albergados de caminares.

-Es un niño poco estudioso –dijo, con voz lenta, un latido doliente flotando, como si echara de menos algo valioso o como si tuviera un rescoldo inextinguible-. No es excepción. Hay muchos como él. Les retengo una hora más para que hagan sus deberes y animarles a que cumplan. Mi propósito es estimularles en el estudio.

-¿Le dio en la cabeza con la regla?

-No. Nunca he hecho algo así. No entra en mis principios emplear castigos físicos. Ayer me salté mi norma. Aprovechando que fui al retrete, los chicos organizaron un espectáculo intolerable, saltando sobre los pupitres y tirándose los cuadernos. Tuve que imponer la sensatez. Los puse en fila y les di un palmetazo en la mano a cada uno. Uno solo. Lo siento de verdad.

Me vi rodeado de miradas, haciendo más pequeña mi pequeñez.

-¿Te golpeó en la cabeza o no? –pidió mi madre con dulzura, sus ojos celestes enmarañando mi inseguridad y dándome un salvoconducto de ánimo-. Di la verdad.

-Sí...

Don Julio se volvió a su subordinado y le dedicó un rapapolvo, exhibiendo la autoridad de su cargo y dejándome más atemorizado que preocupado. Nunca había contemplado una broca a un superior, como para mí era don Manuel. Un chorro a una persona mayor, impedida de defenderse al mismo nivel. Y por primera vez, con tan pocos años, supe lo que era un abuso de poder, las riendas desatadas de quien posee el dominio sin contención.

Don Manuel recibió la reprimenda en silencio y su figura pareció diluirse en el descompensado traje.

-Lo siento –repitió, aventando sobre mí una mirada doliente.

Durante el camino de vuelta, mis padres permanecieron serios, yo de la mano de mi madre. Iba lleno de confusión y remordimiento y notaba que ellos sentían insatisfacción, como si hubieran desencadenado una acción injusta y quizá perversa. También en casa mantuvieron un silencio infrecuente. En la noche del día siguiente les oí discutir.

-Estarás contenta de lo de ayer –decía mi padre-. Ese pretencioso relamido abusando del pobre maestro. Me daban ganas de vomitar.

-No me gustó lo que hizo el director. No esperaba esa reacción. Me sentí muy mal. Pero debíamos exponer nuestra queja.

-¿Sabes que ese maestro era un represaliado por haber enseñado durante la República, por ser republicano? Hoy me informé. Estuvo en la cárcel, como yo. Sólo por defender la libertad. Sin haber disparado un fusil, sin haber matado a nadie. Toda su vida trabajando por una miseria de sueldo. Estuvo en las Misiones Pedagógicas, participando en las reformas educativas que tanto necesitaba España, pero no en la política sino en el tajo. ¿Sabes lo que eran esas Misiones?

-Lo sé, claro que sí. Los maestros iban a los pueblos, pasando fríos y calores, para alfabetizar a los niños y a los mayores. Les regalaban libros, hacían teatro, recitaban poesías, instruían a los maestros locales con mejores técnicas de enseñanza. Dormían en cualquier sitio, comían los escasos bocados de los lugareños, nunca se quejaban...

-Exacto. Sembraban el conocimiento. Sentaron las bases para erradicar el analfabetismo e intentaron universalizar la educación en toda España. Fueron años de esperanza. Pero no tuvieron tiempo. La escolarización sin barreras que deseaban, y por la que luchaban, se abortó cuando llegó la dictadura y, con ella, la imposibilidad para los de siempre. Una idea grande que esta gente intenta desacreditar. -Atrapó un silencio para que las palabras expresaran su profunda dimensión. Quedaron ahí, flotando, enganándose en mis sentidos. Luego me miró con ojos sufridos antes de volverse a mi madre-. Don Manuel fue uno de aquellos maestros ejemplares. Y un superviviente. Porque muchos no pudieron contarlo. Ese es el hombre que hemos denunciado.

-Yo... No se me quita de la cabeza la tristeza que mostraba. Pero no me hagas sentir culpable. Sólo intentaba evitar que hubiera maltratos a los niños. ¿Cómo es que un hombre así les pega?

-Pegar. ¡Qué tontería! Un palmetazo no es pegar. Y no hay duda de que se lo mereció. Sabes que es rabo de lagartija. Lo que debe hacer es estudiar más.

-Le dio en la cabeza.

-Mierda. Don Julián es un hombre del régimen. Pero seguro que de aquellos emboscados que esquivaron ir al frente, medrando en la retaguardia. No hay más que verle. Son los más atildados y untuosos. Por eso es director de colegio. -Movié la cabeza con un pesar que traspasaba la piel-. No debió humillar a don Manuel de esa manera, y menos delante del niño. No sólo le quitó toda la autoridad sino que le desposeyó de su propia estimación. Una vez más fuiste testigo de las dos Españas.

Fue en ese momento, en la oscuridad del dormitorio, cuando se despertó en mí el amor y el respeto hacia todos los maestros, en especial a los mayores. Unos

sentimientos que han conformado toda mi vida. Tan así, que cuando una persona me merece la mayor consideración, lo llamo maestro.

Pasaron las semanas. Don Manuel no tuvo un comportamiento diferenciado hacia mí. Como si el incidente no hubiera existido. Y fue cierto lo asegurado por mi padre, ya que dejó de mostrar la seriedad necesaria en clase, como si temiera otra filípica. Un día apareció un maestro más joven. Dijo que venía a reemplazar a don Manuel. Pregunté por él a la salida. Lo habían despedido. Llegué a casa y llorando se lo dije a mis padres. Mi madre me abrazó y también se echó a llorar. Mi padre se acercó a la ventana y miró el campo abierto, quizá rememorando las inútiles batallas gastadas en la tierra dura, tal vez pensando en la oportunidad perdida.

-No llores –dijo mi madre, acariciándome-. Tú no tienes la culpa.

Pero sí la tuve, en parte al menos, quizá. Porque don Manuel no me golpeó la cabeza aquella vez. Nunca lo hizo. Ni a mí ni a nadie. Mentí porque no podía soportar estar encerrado una hora más, tan ansiado de calle como yo era. Necesitaba corretear, libre como los gorriones. Agarrado a mi madre lloré de pesar porque debía haber admitido mi embuste a su debido tiempo. Pero nunca reuní el valor suficiente para confesarlo a pesar de mis fervientes deseos de hacerlo, además de que no imaginé que echarían al maestro. Ya era tarde. Porque no hay marcha atrás en la vida. Las ocasiones tienen su momento y yo perdí las que tuve para declarar mi engaño. Vindicar a don Manuel tras su despido, hubiera sido demasiado para mis padres. Por eso nunca les dije la verdad.

Es innegable que la mentira es consustancial al ser humano. Hay quien vive en ella y de ella permanentemente. Pero hay mentiras y mentiras. De las que hemos manejado a lo largo de nuestra vida, ¿cuántas han producido repercusión negativa en alguien? En la mayoría de los casos somos inconscientes del posible mal causado porque en ese caso no serían mentiras sino falacias. Así, cuando nos llega esa percepción sin haber tenido intención de dañar, el primer azote es para uno mismo.

El daño que causé a don Manuel no me lo he perdonado. Es una deuda imposible de pagar. Y una espina subyaciendo dentro de mi bagaje emocional. Por

El maestro.
por Joaquín M. Barrero

eso, cuando me vienen a la memoria esos hechos, el alma se me estruja al recordar a aquel viejo maestro que gastó sus suelas en el hermoso sueño de aquellas Misiones.

Joaquín M. Barrero